

y continuará fatalmente por el camino que conduce al abismo. A los hombres que se interesan por la suerte del cristianismo y por los destinos de la humanidad, toca abrir otro camino, único que puede salvar á la religion amenazada, y al mismo tiempo á la humanidad que no puede vivir sin religion.

Tenemos la conviccion de que el ultramontanismo sucumbirá en su lucha con la libertad de pensar y en su lucha con el cristianismo que hemos llamado filosófico. Ya lo hemos dicho en otra parte: la mision de nuestro tiempo y del porvenir es separar en el cristianismo lo que hay de temporal y perecedero, conservando los elementos progresivos que contiene. Nuestros estudios, en su parte religiosa, no tienen otro fin que poner de manifiesto lo que se debe desechar y lo que se puede conservar. Bajo este punto de vista no somos enemigos del cristianismo; somos más cristianos que los católicos ultramontanos: su doctrina perderá al cristianismo juntamente con la Iglesia; la nuestra trata de salvar en el gran naufragio del pasado algunos restos que puedan ayudar á la humanidad á construirse nuevos edificios. En este sentido algunos hombres sinceramente cristianos han tomado en Alemania nuestra defensa contra los ataques de los ultramontanos belgas. Pero los ultramontanos son tan intransigentes y tan ciegos que no comprenden siquiera que haya un cristianismo fuera de su Iglesia: acusan de hipocresía á todos los que, sin participar de sus creencias, se llaman, sin embargo, cristianos. No, los hombres que quieren salvar el cristianismo trasformándolo, no son hipócritas; tienen un sentido de la realidad más exacto que los ultramontanos; conocen, por su propia experiencia, que es imposible mantener en el siglo XIX creencias y doctrinas que han ocasionado protestas en la misma Edad Media. Querer conservar la doctrina del pasado en medio de una sociedad que tiene otras ideas, otros sentimientos, otras necesidades, es querer una cosa absurda, y es, por consiguiente, estrellarse. El ultramontanismo lleva al cristianismo á una pérdida inevitable.

Los hombres que participan de nuestras opiniones ó de nuestros deseos quieren salvar del cristianismo lo que se puede salvar. La lucha tiene, pues, lugar entre un cristianismo inmóvil y un cristianismo progresivo. Para nosotros el resultado no es dudoso.

LIBRO PRIMERO.

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO.

CAPÍTULO I.

LA UNIDAD DE LA EDAD MEDIA.

§ I.—El Papa y el Emperador.

En el siglo X parece que el mundo se disuelve; está esperando la muerte. Las tres grandes monarquías que habian aspirado á la dominacion de la tierra están en decadencia; la unidad carlovingia se resuelve en un número infinito de pequeñas soberanías locales; el Califato es presa de una horrible anarquía; los Bárbaros acuden á repartirse sus despojos; el Imperio de Constantinopla, aún cuando conserva sus soberbias pretensiones, se defiende penosamente contra las hordas asiáticas unidas bajo la media luna. Los hombres, á la vista de aquella disolucion universal, se creen en vísperas de la consumacion de los siglos. Pero pasa el año mil, tan temido, y el mundo no perece. Lo que parecia ser la muerte no era más que la transicion del antiguo orden de cosas á un orden nuevo. Empieza la Edad Media. En apariencia domina la division; pero reaparece la unidad más profunda de lo que hasta entonces se habia concebido. El más fuerte de los vínculos es la

religion que formaba su base, religion revelada por Dios y que ha de extenderse á la humanidad entera. Sin embargo, la unidad cristiana, áun cuando sea un progreso sobre la antigüedad, no es la forma definitiva bajo la cual debe organizarse el género humano; su mision es puramente temporal; una vez cumplida, los pueblos se separan del Pontificado y del Imperio para buscar bajo la direccion de Dios una unidad más perfecta.

La unidad es el fin hácia el cual tienden los hombres desde los primeros orígenes de las sociedades humanas. En la antigüedad la necesidad instintiva de la unidad impulsa á los pueblos á engrandecerse por medio de las armas; no hay conquistador que no piense en el imperio del mundo. Los más modernos en esta sangrienta causa parecen realizar la ambicion de la monarquía universal. Los emperadores romanos se tienen por señores del universo; no sin razon se los diviniza, porque pretenden ejercer un poder que no pertenece más que á Dios, la soberanía. Reunen en sus manos el poder civil y el poder religioso; son grandes pontífices y Césares. Pero aquellos usurpadores de la omnipotencia divina se elevan tanto que los acomete el vértigo: querian ser dioses, y se convierten en monstruos. La humanidad hubiera perecido bajo el despotismo imperial; para quebrantarlo, envió Dios á Jesucristo y á los Bárbaros.

El cristianismo reivindica para sí el poder que los emperadores ejercen en nombre de los falsos dioses. Constantino, al colocar la cruz en los estandartes de las legiones, abdica la más considerable de sus prerogativas. La Iglesia, que estaba confundida con el Estado, se separa de él. A ella, que es la depositaria de la verdad revelada por el Hijo de Dios, corresponde el imperio de las almas. Esta Iglesia invisible toma cuerpo; se concentra en una unidad cada vez más fuerte. El obispo de Roma se pone á la cabeza de la cristiandad, como sucesor de San Pedro, á quien Jesucristo mismo ha transmitido sus poderes. El Papa se pone al lado del Emperador; el uno tiene la espada imperial, el otro la espada temporal, y ambos el imperio de la tierra (1). Procediendo ambos

(1) El papa GELASIO escribe al emperador Anastasio (c. 10, *Distinc. xcvi*): *Duo sunt quibus principaliter hic mundus regitur, auctoritas sacra pontificum et*

de Dios, están llamados á gobernar de concierto el mundo cristiano (1).

Tal es el primer germen de la unidad de la Edad Media. La unidad antigua desaparece. El Emperador se ha dividido en dos, por decirlo así; reconoce á su lado otro igual á él, que comparte con él, y á título de igual, el gobierno del mundo. La armonía de ambos poderes es el ideal; pero ¿cómo se ha de mantener la concordia? Hay dos soberanías, una en frente de otra, y no hay nada más invasor que un poder soberano. Es fácil ver que la lucha existe en germen en la unidad cristiana. Mientras dura la antigüedad triunfa el Emperador. El Pontificado no está constituido; no es él, sino la aristocracia episcopal, quien representa á la Iglesia, y este cuerpo con mil cabezas sufre la influencia inevitable del poder que distribuye las gracias y da la fuerza. Además, el Emperador, por más que se haga cristiano, es pagano por su naturaleza; el paganismo sigue inspirando al nuevo conyverso; el jefe del Imperio conserva veleidades de soberano pontífice, é invade sin cesar el terreno del poder espiritual de la Iglesia. El Papa se ve expuesto á ser un instrumento del Emperador; la Iglesia, léjos de dominar, pierde su influencia.

Sin embargo, la Iglesia tiene en sí un principio de superioridad que ha de acabar por darle la preeminencia sobre el poder rival del Estado; sus derechos se derivan de Dios mismo. Jesucristo se ha encarnado en su Iglesia; los que la representan tienen un resplandor divino, ante el cual palidece la magnificencia de este mundo. Siendo órgano de Cristo, gobernando las almas, ¿cómo no habia de vencer á un poder que, en resúmen, no extiende su accion más que al cuerpo, es decir, á lo que hay más vil en el hombre? Cuando se arraiguen estas ideas el Papa dominará al Emperador. Para esto es necesario que la antigüedad se derrum-

regali potestas.—FULGENTIUS, *De veritate prædestinationis et gratiæ. Quantum pertinet ad hujus temporis vitam, in Ecclesia nemo pontifice potior, et in sæculo christiano imperatore nemo celsior invenitur.*

(1) JUSTINIAN., Nov. vi, pr.: *Maxima quidem in hominibus sunt dona Dei a superna collata clementia, sacerdotium et imperium, et illud quidem divinis ministrans, hoc autem humanis presidens... ex uno eodemque principio utraque procedentia....*

be, porque los Césares romanos no cederán nunca ante el obispo de Roma. Pero llegan los Bárbaros. Para ellos, más que para los Griegos y los Romanos, ha predicado Jesucristo la *buena nueva*; su destino y el de la Iglesia están íntimamente unidos. La Iglesia está llamada á moralizar á los conquistadores del Imperio, á iniciarlos en la vida de la inteligencia; para desempeñar tan elevada mision tiene que dominar á los pueblos semi-salvajes salidos de los bosques de la Germania. Los Bárbaros contribuyen á los designios de Dios: construyen el poder que ha de regirlos. Sus conquistas fundan y propagan el catolicismo; el más grande de sus reyes pone su poder al servicio de la Iglesia. Carlo-Magno prepara el Pontificado. La idea de la unidad reaparece bajo una forma más cristiana que la del imperio romano. El Papa es quien restablece el imperio de Occidente. El Imperio tiene, pues, en su principio un carácter religioso: no procede de la conquista, sino de la consagracion del Soberano Pontífice; su vocacion es defender á la Iglesia. La Iglesia es una, y tiene por órganos el Papa y el Emperador (1).

Sin embargo, la unidad carlovingia no es todavía más que un bosquejo de la unidad cristiana. El Estado sigue dominando á la Iglesia. El Papa está bajo la dependencia del Emperador; la aristocracia episcopal le disputa la soberanía religiosa. El mundo no siente aún la necesidad del Pontificado. Pero la unidad carlovingia se disuelve; el episcopado se manifiesta impotente para cumplir la mision que Dios ha encomendado á la Iglesia. En lugar de mandar á los Bárbaros, sufre la ley del poder temporal, y el poder temporal en esta época es la fuerza bruta. Desaparece toda idea de orden, de unidad, de armonía. La anarquía y la corrupcion de la sociedad civil invaden la Iglesia: su existencia misma está amenazada, y si la Iglesia se ve envuelta en el caos universal, ¿qué va á ser de la civilizacion, de quien es el único representante? En aquel peligro supremo aparece el Pontificado. Los papas salvan á la Iglesia, y con ella el porvenir de la humanidad. Se funda la unidad cristiana.

(1) *Capitular*, v, 319: *Principaliter itaque totius sanctae Ecclesiae corpus in duos eximias personas, in sacerdotalem scilicet et regalem, divisum esse novimus.*

El Pontificado ha recibido sus poderes de Jesucristo. Como sucesores de San Pedro, los jefes de la Iglesia tienen á su cargo el cuidado de las almas en toda la cristiandad, y por lo mismo que tienen el imperio de las almas, dominan tambien en los cuerpos. Su poder, esencialmente espiritual, no pretende absorber el poder temporal, pero tiene el derecho de mandarle en cuanto toca al interes de la Iglesia. El Papa reconoce al Emperador como jefe temporal de la cristiandad; el Papa es el alma y el Emperador el cuerpo de la Iglesia. La armonía de los dos poderes forma la unidad cristiana, del mismo modo que la armonía del alma y del cuerpo constituye la vida del hombre. El sacerdocio y el poder real estaban unidos en la persona de Jesucristo; el Papa y el Emperador, por su concordia, son la imágen de esta unidad misteriosa, de modo que en el Pontífice debe verse al Rey y en éste al Pontífice. La union del Papa y del Emperador será la garantía de la justicia, de la armonía y de la paz (1).

El Emperador reconoce, lo mismo que el Papa, este ideal de la unidad cristiana. Los papas suelen comparar á los dos poderes con dos astros: El Pontificado es el sol, el Imperio es la luna. Los emperadores aceptan este símbolo aún cuando implique una inmensa inferioridad para los órganos del poder temporal. El emperador Federico II dice en su manifiesto á los pueblos cristianos: «Dios, al crear el mundo, ha puesto dos astros en el cielo, el sol para que alumbre durante el dia, y la luna para que alumbre durante la noche. Sea cual fuere el movimiento de estos cuerpos, y aún cuando á veces parezca que se contraponen, nunca se tocan; léjos de estorbarse, el mayor comunica su luz al menor. Del mismo modo la Providencia ha puesto en la tierra dos poderes, el Sacerdocio y el Imperio: el uno para que tenga el cuidado de las almas y el otro para que ejerza la proteccion exterior, á fin de que el hombre, arrastrado y seducido por sus pasiones, encuentre un doble freno; de este modo desaparecerá el desorden y reinará

(1) Estas son las palabras del cardenal Damiani, el amigo de Gregorio VII (*Opuscul*. IV, t. III, p. 30): *Utraque dignitas, regalis scilicet et sacerdotalis, sicut principaliter in Christo sibi et invicem singularis sacramenti veritate connectitur, sic in Christiano populo mutuo quodam sibi federe copulatur.* C. *Epist.* VII, 3 (t. I, p. 111).

la paz en el mundo» (1). Sin embargo, puede surgir disension entre ambos poderes; el Papa y el Emperador son hombres, y los hombres no tienen una órbita invariable como los cuerpos celestes. En el ideal de la unidad cristiana, la falta de armonía debe manifestarse por medio del Papa, que tiene derecho para dar órdenes al Emperador, de la misma manera que el alma manda al cuerpo. El Imperio no es, en definitiva, más que el brazo armado de la Iglesia (2).

§ II.—Apreciación de la unidad cristiana.

Tal es la unidad cristiana: un Dios, un Papa, un Emperador (3). Los partidarios del Pontificado y de la Edad Media han visto en esta unidad un ideal, cuya desaparición deploran, y que quisieran resucitar. La escuela teocrática presenta el imperio cristiano como «la reunión de todas las soberanías en una especie de república universal bajo la supremacía mesurada del poder espiritual supremo» (4). Admira en los anales de la Edad Media «uno de los más bellos espectáculos que han presentado las sociedades humanas: el de un mundo que no conoce más que una religión, que no obedece más que á una ley, que no forma en cierto modo más que un solo imperio gobernado por un jefe, que hablaba en nombre de Dios, y cuya misión era hacer reinar el Evangelio sobre la tierra» (5). Exalta al santo imperio romano como «un sistema admirable de unidad que ofrecía en un conjunto la más bella y profunda aplicación que ha visto el mundo de los principios del derecho á la constitución política de la sociedad» (6). Las almas

(1) PETR. DE VINEIS, *Epist.* I, 31.

(2) S. BERNARD, *de Consider.*, IV, 3: *Uterque ergo Ecclesia et spiritualis scilicet gladius et materialis; sed is quidem pro Ecclesia, ille vero et ab Ecclesia exerendus; ille sacerdotis, is milites manu, sed sane ad nutum sacerdotis et jussum Imperatoris.*

(3) Esta es la frase de Federico Barbaroja (RADEVICUS, II, 56, en MURATORI, *Scriptor.*, t. VI, 833).

(4) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. II, c. 10.

(5) MICHAUD, *Historia de las Cruzadas*, libro XIII.

(6) LAMENNAIS, *Cuestiones políticas y filosóficas*.

poéticas, seducidas por la grande idea del Pontificado, han celebrado el trono pontificio como una magnífica institución (1). La ilusión ha alcanzado hasta á los enemigos del catolicismo; algunas almas místicas, que se encuentran mal en el desquiciamiento del mundo actual, echan de ménos con tristeza la unidad que rompió Lutero; creen que la humanidad se ha separado del camino de Dios, y que el único medio de salvación que le queda es volver á la fe de la Edad Media, al Papa y al Emperador (2).

No podemos aceptar el regreso á lo pasado como una condición de perfección; lo hemos dicho muchas veces, y lo repetiremos aún: el ideal no está detrás de nosotros, sino delante. Pero ¿cómo explicar que espíritus levantados, nobles inteligencias, se obstinen en querer resucitar formas ya muertas? Comprendemos que el presente no les satisfaga por completo; la sociedad actual, como época de transición, presenta todas las apariencias de la anarquía y de la disolución; es un espectáculo que ofrece poco atractivo á los espíritus que sienten la necesidad de la unidad y de la armonía; el descontento que les inspira este estado social les hace exaltar y echar de ménos el pasado. Pero examinando de cerca este ideal, se ve que es imaginario. Hay más: aún cuando el ideal fuera realizable, habría que rechazarlo como un atentado á la libertad de los individuos y á la independencia de las naciones. Dejémosnos de sueños, y veamos lo que era en realidad la unidad de la Edad Media. ¿Qué es el Imperio? ¿Qué es el Pontificado? ¿De qué manera un cuerpo con dos cabezas, ser contrario á la naturaleza, ha podido formar la unidad?

N.º 1.—El Imperio.

La idea del Imperio es un legado de la antigüedad pagana (3). Roma se creía señora del mundo. El primer espectáculo que sor-

(1) CHATEAUBRIAND, *Genio del Cristianismo*.

(2) Tal es el ideal religioso y político del romanticismo alemán. NOVALIS lo ha cantado, F. SCHLEGEL lo ha formulado en sus lecciones sobre la filosofía de la historia, lecc. 12.

(3) Aún cuando la Edad Media consideraba al Emperador como vicario de

prendió á los Bárbaros fué la magnificencia de la ciudad romana; el Imperio era para ellos un verdadero ideal, que trataron de realizar. Sin embargo, á esta idea antigua se unió una idea cristiana. El Pontificado restableció el Imperio, poniendo la corona imperial en las sienes de Carlo-Magno. El Imperio no es ya un hecho brutal, producto de la fuerza, que no domina más que por la fuerza, ni tiene más fin que la satisfaccion de pasiones egoistas; el Papa da por mision á Carlo-Magno la proteccion de la Santa Sede y de la Iglesia. Pero el cristianismo, áun cuando ennoblece el sistema antiguo, no puede hacer desaparecer lo violento de su origen; al convertirse al cristianismo, el Imperio no abdica su naturaleza guerrera, conquistadora. La mezcla de estas dos ideas forma el Imperio de Occidente; llámase á la vez *romano y santo*; pero la *santidad* no es más que un manto que cubre un cuerpo *pagano*: el elemento romano puede más que el elemento cristiano.

El imperio de Occidente, apénas restablecido, se disloca despues de la muerte de Carlo-Magno; la unidad carlovingia es reemplazada por una espantosa confusion. La Alemania se separa de la Galia francesa. El Papa da la corona imperial á príncipes italianos, pero aquellas sombras de emperadores no tienen fuerza más que para tiranizar á la Iglesia; los obispos de Roma se ven obligados á buscar un apoyo más allá de los montes. Ocupa el trono de Alemania la raza sajona, raza fuerte é invasora; Othon pasa los Alpes y une la corona imperial con la monarquía germánica. El Imperio queda reconstituido, pero es el *imperio de Alemania*. Fúndase en la posesion de la Italia; esta bella conquista es la que constituye el prestigio de la *corona de oro*. Hé aquí lo que es en su principio el nuevo Imperio: sigue siendo una idea de grandeza y de dominacion. Hay en la ambicion de los reyes de Alemania un vago sentimiento de superioridad. Dueños de Italia, dueños de Roma, se creen herederos del Imperio, cuya capital era la Ciu-

Cristo, tenia conciencia del origen pagano del Imperio. El *Espejo de Sajonia* dice que el Imperio empezó en Babilonia; despues pasó á los Persas. Alejandro venció á Dario y dió el Imperio á los Griegos, que lo conservaron hasta que se apoderó de él Roma. Roma guardó la espada temporal, y por San Pedro recibió la espada espiritual: hé aquí porque Roma se llama la capital del mundo (*Sachsenspiegel*, III, 44, § 1).

dad Eterna. Los legistas dan á estas pretensiones la autoridad del derecho; proclaman al Emperador señor del mundo. El orgullo de los emperadores romanos pasa á ser un título jurídico: en la apariencia, ésta es la monarquía universal, tal como la han soñado los conquistadores.

Pero veamos de cerca estos monarcas del mundo. Su poder reside en Alemania y en Italia. La Alemania, una por la raza, está dividida en tribus hostiles; las usurpaciones del feudalismo aprovechan aquellas rivalidades. Los duques aspiran á la independencia, y convierten el poder real en una monarquía electiva; el Rey no tiene poder más que mediante su concurso, y se lo niegan segun la movilidad de las pasiones que agitan aquellos tiempos de violencia. En Italia, el poder del Emperador es todavía menor. La union de la Italia con la Alemania no es conforme á la naturaleza; la diferencia de las razas es un obstáculo mayor que las montañas que separan á ambos países. Los Italianos detestan á los Alemanes como bárbaros; cada coronacion es una nueva conquista: los reyes reciben, espada en mano, la corona imperial. Apénas han vuelto á atravesar los Alpes, la Italia olvida que tiene un emperador; de hecho es independiente; el Imperio no es más que una pretension. Los más poderosos de los reyes de Alemania, los heroicos Hohenstaufen, quieren hacer efectivo su poder en Italia; pero el espíritu de dominacion sucumbe bajo el genio de la libertad. Sin poder en Alemania, disputados sus derechos en Italia, ¿qué supremacía habia de ejercer el Emperador sobre el resto de la cristiandad? Los reyes, dominados por el ascendiente de la majestad imperial, reconocen su preeminencia; pero no se acuerdan para nada de los pretendidos títulos del Emperador á la dominacion del mundo. La autoridad de los Césares, que los legistas han querido rehabilitar, es una tesis que se discute en las escuelas, pero que no ejerce influencia alguna fuera de las clases ilustradas. El mundo ignora que hay un emperador. El Imperio no se da á conocer por sus beneficios, no pesa por su opresion; no es más que una palabra. ¿Se quiere saber á qué se reduce la autoridad imperial? Pues véase al emperador Carlos IV en Roma. El Papa lo corona, pero á condicion de que no ha de permanecer más que veinticuatro horas en la Ciudad Eterna. El monarca del mun-

do no puede pagar las deudas que contrae para alimentarse, y es detenido por su carnicero. Si después de esto la cancillería alemana persiste en sus soberbias pretensiones, no hará más que añadir un capítulo más al gran libro de las vanidades humanas.

El elemento romano del imperio de Alemania era un legado del pasado, un título para la monarquía universal; pero los emperadores carecían de fuerza para sostener tan elevada ambición; los que fueron poderosos lo fueron por su genio. Con el elemento romano se mezcla desde el restablecimiento del Imperio una idea cristiana. Carlo-Magno es coronado por el Papa para ser el defensor de la Santa Sede; él mismo se considera llamado á defender á la Iglesia, es casi Papa. Este poder disminuye en las manos de sus débiles sucesores, pero subsiste la idea de que el Emperador es uno de los dos jefes de la Iglesia: el Papa tiene la espada espiritual, el Emperador la espada temporal. Si esta idea se hubiera arraigado, el Emperador hubiera encontrado un elemento de poder mucho más fuerte que el que le proporcionaba la Roma antigua. Como jefe temporal de la Iglesia, su autoridad alcanza á toda la cristiandad. Todos los cuerpos cristianos, aún cuando divididos en Estados separados, no forman más que un cuerpo. La paz, el orden, la justicia deben reinar en esta gran familia, lo mismo que en los Estados particulares. El Emperador será el vínculo de los pueblos, el conservador de la paz, la fuente de la justicia: de este modo se realizará en el seno de la sociedad cristiana la idea del derecho.

Tal es el elemento cristiano del imperio de Alemania, y por esto se le llama *sacro imperio* (1). Pero ¿quién no ve que este ideal es una quimera? El Papa ha intervenido en la Edad Media para mantener la paz entre los reyes; pero ¿cuándo ha usado el Emperador del poder moderador que se le reconoce como jefe de la cristiandad? Este poder era una palabra sin sentido. El sacro imperio no es más que una doctrina, una hipótesis cristiana; no penetró en la conciencia general, porque no era realizable. El Emperador es la ley viva sobre la tierra; pero la ley necesita san-

(1) Se llama el imperio de Alemania *sacrum imperium*, y el emperador *Sacra Majestas* (PÜTTERI, *Jus publicum medii aevi*, p. 92, 93).

cion, y la sancion, cuando la ley encuentra resistencia, no puede ser más que la fuerza. ¿De dónde podrá sacar el Emperador la fuerza para imponer el respeto del derecho á los pueblos cristianos, para separar á los combatientes, para mantener el orden y la paz? Esta fuerza hubiera tenido que ser inmensa á causa de la extensión de la cristiandad. Para que la idea del imperio cristiano tuviese alguna realidad, hubiera debido abarcar el mundo entero. De este modo volvemos á pasar á la monarquía universal; pero la monarquía universal, lejos de ser una garantía del derecho y de la paz, sería la tumba de la humanidad.

N.º 2.—*El Papa.*

El pontificado poseía en apariencia los elementos de una dominación universal. El Papa es el órgano de la Iglesia, el representante de Dios sobre la tierra; su autoridad alcanza hasta donde llega la de Cristo, y esta autoridad es reconocida, se funda en la fe cristiana universalmente admitida: pueblos y reyes bajan la cabeza ante el sucesor de San Pedro. Pero el pontificado lleva en sí mismo un gérmen irremediable de debilidad. Su poder no es más que espiritual; ¿de qué manera hará aceptar su imperio á aquellos hombres de violencia en una edad en que domina el derecho del más fuerte? Enseña á los reyes que deben ser el brazo armado de la Iglesia; entre estos reyes escoge un protector, al cual da la corona imperial para que sea el protector de la Santa Sede. Pero esta fuerza en que se apoya el pontificado es una fuerza externa, extraña, y que tiende necesariamente á ser hostil. El Emperador y los reyes, aún cuando reconocen el derecho divino de los Papas, sienten instintivamente que aquel poder los ha de absorber, si no le oponen resistencia. Por consiguiente, se resisten. ¿En qué se convierte entonces la unidad cristiana? No es más que una larga lucha. Nunca, en ninguna época de la Edad Media, ha sido una realidad la unidad por el Papa y el Emperador; nunca han tenido los papas, ni aún los más grandes, un poder sin oposición. El pontificado, tal como lo han concebido los Gregorios y los Inocencios, no es más que una utopía.

Gregorio ha tenido á sus piés un Emperador; ¿es por esto dueño del mundo cristiano? Pierde la mitad de la cristiandad; la Iglesia griega lleva á cabo su separacion en el siglo XI. He aquí rota la unidad católica, y rota para siempre. En el Occidente ¿es tan considerable el poder del Papa como pudiera creerse al ver á Enrique IV en Canosa? Gregorio depone á Enrique IV, los príncipes alemanes obedecen y eligen un nuevo rey. Pero ¿ceden al ascendiente del Pontificado, ó satisfacen más bien un odio antiguo, sirviéndose de la excomunion como de una arma contra su enemigo? Si la excomunion abrasa á la Alemania, es porque el rayo cae sobre materias combustibles. El Papa, que parece omnipotente en Alemania, se ve obligado á contenerse, á moderarse cuando encuentra en el trono un hombre de fuerza y de genio: en Inglaterra, el jefe de la Iglesia es Guillermo *el Bastardo* más bien que Gregorio VII. El Papa, que considera como sus vasallos á todos los reyes, no tiene segura su vida en Roma; casi toda la Italia está contra él (1); muere lejos de la Ciudad Eterna, en el destierro. La gran cuestion de las investiduras, suscitada por él, concluye con una transaccion, en la cual el pontificado abandona las pretensiones de Gregorio VII.

La guerra empieza de nuevo con la casa de Suabia. El pontificado triunfa, pero despues de varias alternativas, y su victoria es el principio de su decadencia. A pesar del origen divino de su poder, la monarquía pontificia no tiene la fijeza que caracteriza á las monarquías temporales; de la omnipotencia pasa repentinamente á una extrema debilidad. Alejandro III sale vencedor de la lucha contra Federico Barbarroja y Enrique II de Inglaterra; sus sucesores inmediatos se ven precisados á huir de Roma. En tiempo de Enrique VI, el Pontificado está casi anulado, el Emperador tiene más poder en Roma que el Papa. Inocencio III eleva á su apogeo la dominacion pontificia. Pero el fundamento de esta dominacion se encuentra ya conmovido; los espíritus no son ya exclusivamente cristianos, surgen nuevos intereses que dominan las preocupaciones religiosas. Inocencio predica una cruzada; los

(1) GREGORIO mismo dice hablando de Enrique IV: « *Cui ferme omnes Italici favent* » (*Epist.*, IX, 3).

cruzados, en lugar de ir á conquistar el sepulcro de Cristo, se dirigen á Constantinopla; no los inspira la religion, sino el comercio. Otro elemento de la humanidad se levanta contra el pontificado: las nacionalidades. Gregorio IX excomulga á Federico II, pero el rayo ha perdido ya su fuerza; los príncipes alemanes, hasta los príncipes de la Iglesia, se ponen de parte de su Emperador. La opinion pública se manifiesta cada vez más hostil al Pontificado. Desaparece la veneracion al sucesor de San Pedro; voces que salen de la Iglesia le comparan con un lobo hambriento, con el Antecristo. Despues de esto, ¿qué importa que el último de los Hohenstaufen muera en el cadalso? El pontificado está vengado, pero ha perdido la base de su poder; la opinion pública se declara contra él. El sentimiento nacional da la victoria á Felipe *el Hermoso* contra su temible adversario. Bonifacio VIII lleva hasta sus últimas consecuencias la doctrina de la monarquía pontificia; quiere reunir las dos espadas, ser á la vez Emperador y Papa. Pero la excomunion cede ante la opinion unánime de la Francia, que reclama para su Rey la independencian y la soberanía. La monarquía pontificia está en el último trance; no encuentra más que un medio de mantenerse, y es buscar el apoyo de los reyes á quienes habia querido dominar.

N.º 3.—¿Por qué no se ha realizado la unidad cristiana?

El imperio no es más que un poder imaginario. El pontificado, poder más real y efectivo, reina moralmente en la Edad Media, á veces pone su pié sobre la cabeza de los reyes; sin embargo, la monarquía pontificia no ha sido nunca más que una pretension, una lucha. ¿Por qué no se ha realizado la unidad cristiana? Porque el ideal que tanto echan de ménos los ciegos partidarios de la Edad Media, es falso. La unidad cristiana es un dualismo que implica la division y la guerra (1). Se concibe la

(1) Los doctores de la Edad Media han previsto la objecion; dicen lo mismo que nosotros, que no puede haber dos soberanos, pero evitan el dualismo subordinando el poder secular del poder de la Iglesia; así es como el obispo BERTRAND dice en su tratado *Del poder espiritual y temporal: Pluravitas principa*

unidad bajo la forma que tenía en el mundo antiguo. La soberanía es, por su naturaleza, una, indivisible; los césares, expresion de esta soberanía, reunían en sus manos el poder religioso y el poder civil. La unidad cristiana, por el contrario, divide la soberanía; la espada espiritual pertenece al Papa, la espada temporal al Emperador. La unidad es un cuerpo con dos cabezas, cada una de las cuales quiere absorber á la otra. Son dos monarquías universales frente á frente; el Papa quiere ser Emperador, el Emperador quiere ser Papa. Esto es tan cierto que ha habido de hecho emperadores que dominaban en la Iglesia, y ha habido papas que mandaban á los reyes. La tendencia á la invasion estaba en la naturaleza de las cosas. La reparticion de la soberanía entre el Papa y el Emperador dividía lo que es indivisible, el alma y el cuerpo, lo espiritual y lo temporal. El hombre es cuerpo y alma juntamente; todos sus actos son á la vez espirituales y temporales; un acto exclusivamente material sería propio de un sér desprovisto de razon; un acto exclusivamente espiritual sería propio de un espíritu puro, de un sér sin cuerpo. Siendo indivisibles lo espiritual y lo temporal, aquel que tenga el dominio de lo espiritual se verá necesariamente llevado á gobernar lo temporal, y aquel que tenga en su mano el poder temporal invadirá inevitablemente las atribuciones de lo espiritual. De aquí la necesidad de la lucha entre el Papa y el Emperador. ¿Qué unidad es ésa que lleva en sí el gérmen de la division y que tiende á la dominacion exclusiva de uno ú otro de los elementos que la constituyen?

En otro lugar diremos cuál ha sido el fin providencial de la guerra entre el sacerdocio y el imperio. Era una lucha por la omnipotencia, por la monarquía universal. Por esto mismo ninguno de los dos pretendientes ha podido triunfar definitivamente, porque la monarquía universal está en oposicion con los designios de Dios. ¿Quién ha dado al Emperador el derecho que reclama sobre la tierra? ¿Lo tiene como heredero de Roma? Entónces es un derecho fundado en la conquista, en la fuerza; es la tiranía, la

tuum quorum unus non subest alteri, non est bona; sed inter omnes christianos potestas principatus secularis subest aliquo modo potestati jurisdictionis spiritalis (Biblioteca Maxima Patrum, t. XXVI, p. 129 y sig.).

muerte de la humanidad. ¿Ha recibido este derecho del pontificado? ¿Y quién ha dado á los papas el derecho de adjudicar los imperios? ¿Qué títulos tienen para ese poder espiritual, en cuya virtud pretenden dominar el mundo? El derecho divino de los papas no es más que una inmensa usurpacion, fundada en la supersticion y en la ignorancia. No, el Papa no es el representante de Dios sobre la tierra; si lo fuera, el pontificado conduciría al despotismo más espantoso, á una monarquía universal, tal como no se han atrevido á soñarla los más atrevidos conquistadores. Sigamos por un momento en sus últimas consecuencias la teoría de la Edad Media.

Los papas son los vicarios de Dios, son los jefes de la Iglesia; la Iglesia es universal, se extiende por el mundo entero; el poder del Pontificado alcanza á toda la tierra. Este poder es ilimitado, porque se funda en una revelacion divina. La Iglesia está en posesion de la verdad absoluta; el Papa ejerce imperio sobre las almas como órgano de la verdad; el que domina el alma domina necesariamente el cuerpo; emperadores y reyes no son más que instrumentos dóciles en manos del pontificado. La obediencia debida al jefe de la sociedad universal es una obediencia sin exámen, sin discusion, sin límites. «Supóngase por un momento realizada esta idea, y dígase si hasta la palabra libertad, desprovista de sentido, no hubiera desaparecido de las lenguas humanas» (1).

Hé aquí las últimas consecuencias del ideal católico, tal como se le concebía en la Edad Media; es la teocracia en todo su horror. La teocracia ha tenido una mision temporal en la cuna de las sociedades humanas; ha sido un poder que ha educado la infancia de la humanidad, pero como ideal es una concepcion falsa, casi sacrílega. Implica un poder ilimitado, infinito; pero ¿cómo el hombre, sér débil, limitado, finito, ha de poder ejercer un poder sin límites? ¿No es esto usurpar sus atributos al Sér único, universal, infinito? ¿No es esto destruir la organizacion del mundo, tal como ha salido de las manos del Creador? Dios ha dado al hombre la libertad, y la teocracia es el despotismo por esencia.

(1) LAMENNAIS, *Del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política* (Obras, t. VII, p. 33).

El Occidente no ha querido nunca someterse á un poder teocrático. Aun en la Edad Media, cuando los espíritus estaban empapados en la doctrina cristiana, cuando la conciencia general veía en el papa el vicario de Dios, un ser casi sobrenatural, no se han sacado las consecuencias del derecho divino que se reconocía en el pontificado. Apenas se constituye el pontificado empieza ya á sufrir ataques. Sus enemigos son el genio de las nacionalidades y la independencia de la razón.

La doctrina cristiana es poco favorable al desarrollo de las nacionalidades. Cosmopolita por esencia, enseña á los hombres que no tienen más patria que el cielo; el cristiano verdadero se toma poco interés por todo lo que se refiere á las ciudades terrestres; su ambición, el fin de su existencia en esta tierra es llegar á ser miembro de la ciudad de Dios. Sin atacar directamente la constitución de los estados, el cristianismo la mina, por decirlo así, separando á los fieles de la sociedad política. El cosmopolitismo cristiano es un disolvente para las nacionalidades. El catolicismo, imponiendo una regla absoluta, independiente de los climas, y de esas mil circunstancias individuales que constituyen las naciones, ataca igualmente al espíritu de las nacionalidades, que para nada tiene en cuenta. Esto es tan cierto que la reforma religiosa del siglo XVI es por ciertos conceptos una emancipación de las naciones oprimidas por el pontificado. En la Edad Media el sentimiento nacional no tenía bastante poder para reobrar directamente contra el catolicismo; la insurrección fué instintiva. Los abusos inseparables de una monarquía universal sublevaron á los pueblos contra la dominación romana. El espíritu fiscal de la Roma pagana arruinó á las provincias; la Roma cristiana heredó aquel genio funesto, pero los pueblos se negaron á dejarse explotar por completo. Un rey, que mereció ser canonizado, tomó la iniciativa; al poner su reino al abrigo de las exacciones romanas, San Luis declaró que no dependía más que de Dios. Este movimiento de reacción y de emancipación adquirió una fuerza irresistible hácia el fin de la Edad Media; las naciones proclamaron una tras de otra su independencia del pontificado.

La insurrección de las naciones fué secundada por una revolución más fundamental que tenía lugar en los espíritus. El ponti-

ficado amenazaba á la libertad de la razón más aún que á la independencia de las naciones; lo probó declarando una guerra á muerte á todas las opiniones disidentes. Las sectas son una reacción de la libertad del espíritu humano contra la tiranía espiritual de la Iglesia ortodoxa. El Papa condena los herejes á la hoguera; para extirparlos llama á las armas á la cristiandad. La sangre de los mártires de la libertad no corre en vano; los herejes perecen, pero las herejías se propagan. Los Valdenses y los Albigenses dan la mano á los precursores de la Reforma; Wiclef y Hus anuncian á Lutero. La unidad católica se rompe; el Papa no es ya más que el servidor de los reyes.

La unidad, en la forma que tiene en la Edad Media, es, pues, una utopía, y una utopía falsa. Sin embargo, la unidad cristiana es un gran progreso respecto de la antigüedad y un gran paso hácia la unidad futura. La antigüedad no concibe la unidad más que bajo la forma de una monarquía universal, producto de la conquista; los pueblos no están unidos sino encadenados; su existencia individual desaparece en beneficio de una ciudad dominante, la cual acaba por concentrarse en una sola cabeza. La unidad antigua viene á parar en el despotismo del Imperio, que mata toda vida; las provincias extenuadas se extinguen, el mundo agonizante sólo encuentra salvación en la invasión de los Bárbaros. Hé aquí adonde conduce la unidad basada en la fuerza. La unidad cristiana tiene por fundamento la comunidad de las creencias; el poder que aspira á la dominación es un poder espiritual. La Iglesia es el vínculo de los pueblos; éstos son miembros de un gran todo, no por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de una verdad que todos reconocen. Bajo la inspiración de la fe los pueblos de Europa se precipitan sobre el Asia, como si no formarían más que una nación. El Imperio, otro elemento de la unidad cristiana, aun cuando pretende la dominación del mundo, no funda sus pretensiones en la conquista. El poder del emperador tiene también algo de espiritual; es vicario de Jesucristo, es un vínculo entre los estados cristianos, una ley de armonía; los pueblos conservan su individualidad, su independencia bajo este jefe, símbolo de la unidad y de la paz que deben reinar en el seno de la cristiandad. La unidad cristiana es una unidad moral que sobre-

vive á la disolucion del pontificado y del imperio. Los pueblos modernos, aunque se separan del Papa y del emperador, conservan un espíritu comun; aún despues de separados siguen considerándose como un solo cuerpo. La unidad cristiana ha hecho penetrar en las inteligencias el sentimiento y la necesidad de una unidad que domine las existencias individuales. La fraternidad de los pueblos, la idea de la armonía y de la paz, esas grandes concepciones que ilustran la filosofía del siglo XVIII, tienen su principio en la unidad de la Edad Media.

El cosmopolitismo filosófico ha nacido de la fraternidad cristiana, pero es superior á la unidad de la Edad Media, porque rechaza toda idea de dominacion universal, porque reconoce que la existencia independiente de las naciones procede de Dios, lo mismo que la libertad de los individuos. El elemento de la individualidad tiene tambien su gérmen en esa Edad Media tan calumniada por los historiadores. El feudalismo se funda en las fuerzas individuales y en su asociacion. En la antigüedad el individuo no era nada, el ciudadano lo era todo. Bajo el régimen feudal el individuo domina, todo se hace individual, local, particular; sin el cristianismo no habria en él ningun principio de generalidad. Este predominio del individuo ha conducido á todos los excesos de la fuerza bruta, pero tambien ha desarrollado todas las facultades del hombre y ha fundado la independenciam, la libertad de los individuos y de los pueblos. Dios ha cuidado de que el desarrollo exclusivo de lo que hay de individual en la naturaleza humana no viniera á parar en la disolucion y en la muerte; tal es la mision de la unidad cristiana. Si el genio germánico, tal como se manifiesta en el feudalismo, no hubiera tenido ningun contrapeso, la Europa se hubiera disuelto, y hubiera sucumbido en las convulsiones de la anarquía. El cristianismo es el vínculo de la Edad Media, manteniendo unidos elementos que tienden incesantemente á disolverse.

Así, la mision de la Edad Media es una mision de unidad y de diversidad á un mismo tiempo. Está llamada á desarrollar los elementos de las futuras nacionalidades, depositados en Europa por las conquistas sucesivas. Para realizar esta mision la Providencia envia á los Germanos, penetrados del espíritu de independenciam y

de individualismo. Pero la unidad es una necesidad de la naturaleza humana, lo mismo que la libertad; esta necesidad queda satisfecha con el lazo de una creencia comun. Bajo la influencia del cristianismo se forman sentimientos generales, una civilizacion general, bases de una verdadera unidad. Estos vínculos son los que hacen hoy de los pueblos de la Europa como una gran república, aún cuando hayan dejado de reconocer al Papa por jefe, y aún cuando el Imperio haya desaparecido con el feudalismo.